

LAS CARICATURAS ME HACEN LLORAR

ENRIQUE SERNA

LA ESCRITURA INVISIBLE



 **OPAX**

Índice *Complicidad renovada* 9 I. *RISAS Y DESVÍOS* 13 *Redondillas a los Boy Scouts* 15 *Amor sin alma* 18 *El adulterio virtual* 21 *Travestismo lingüístico* 24 *Machismo torcido* 26 *Bocas envenenadas* 29 *El funesto lenguaje del cariño* 33 *Intelectuales con caspa* 36 *Aproximación a Sara García* 38 *Agustín Lara y el crimen pasional* 41 *Patología del estudio* 44 *El especialista* 47 *Pinto mi librito de oro* 50 *Aire de últimos días* 53 *Porfirio el malo* 56 *Del melodrama a la neurosis* 59 *Por nuestros hijos* 64 *Sara y Marcela* 67 *Contacto en el Noche y Día* 70 *Cine de narcos* 74 *La bestia mansa* 77 *Lucha libre y populismo intelectual* 80 *El naco en el país de las castas* 83 *El Correcaminos o la rutina persecutoria* 90 *En defensa del lugar común* 93 *El pantalón de mezclilla roto* 96 *Contra las relaciones públicas* 99 *Bóforo de estrechez tu cerebro* 104 *Himno a la celulitis* 107 II. *RUTA CRÍTICA* 109 *La función decorativa de la cultura* 111 *Tesoro moral para el crítico joven* 120 *Avatares del cuento cruel* 122 *Lubricidades tristes* 129 *Manuel Puig; La conquista de una realidad paralela* 133 *El último lector* 141 *Bajo el signo de la iguana* 143 *El efectismo y sus detractores* 153 *Las almas muertas de Luis Arturo Ramos*

157 *La fabla de Genaro Estrada* 166 *Historia de una novela* 170 *La
oscura cabeza negadora* 175 *Sufrir con coquetería* 192 *Patricia Highs-
mith: El crimen como estilo de vida* 195 *Disputa de la memoria y el olvido*
202 *Códice agustiniano* 206 *La ordenada locura de Carlota* 215
Dialéctica pasional de Inés Arredondo 219 *El gesto de las cosas: Magritte y
Gómez de la Serna* 225 *Ecocidio literario* 229 *El futuro de ayer* 234
Vejamen de la narrativa difícil 237

Complicidad renovada

A petición de mi editor Antonio Reina, que me ha pedido un nuevo prólogo para este libro juvenil de crónicas, ensayos y varia invención, refiero las circunstancias en las que se iniciaron mis colaboraciones en el suplemento “Sábado” de *Unomásuno*, donde hice mis primeras armas como articulista y publiqué la mayor parte de los textos aquí reunidos.

Yo había debutado en el suplemento en 1985 con la publicación de un soneto y una décima desconocidos del poeta novohispano Luis de Sandoval Zapata, que formaban parte de mi tesis de licenciatura. El hispanista Gerardo Torres me acusó en *Vuelta* de haberle robado el hallazgo, y yo lo refuté en “Sábado” con argumentos que dejaron zanjada la discusión. Complacido por mi desempeño en esa escaramuza, Huberto Batis, el director del suplemento, me invitó a enviarle más colaboraciones. A principios de 1986, cuando estaba haciendo una maestría en Bryn Mawr College, Pennsylvania, becado por el departamento de español, comencé a mandarle artículos sobre temas diversos que primero aparecieron en la sección cultural de *Unomásuno* y posteriormente en el suplemento del periódico.

La experiencia de someter mi trabajo a la opinión pública me produjo, al mismo tiempo, una intensa emoción y una crisis vocacional. Temí que si continuaba estudiando teoría literaria en vez de leer los libros que de verdad me importaban, acabaría pergeñando exégesis eruditas con impecable rigor metodológico, pero sin el menor vuelo imaginativo. No quería escribir para otros especialistas, sino ganarme la confianza y el respeto del lector común, para satisfa-

cer una necesidad expresiva, que en mi caso era un antídoto contra la timidez. En Bryn Mawr terminé mi segunda novela: *Uno soñaba que era rey*. La primera, *Señorita México*, llevaba un par de años durmiendo en mi cajón, a pesar de haber ganado un premio en Ciudad del Carmen, Campeche, (o tal vez en castigo por ese estigma), y necesitaba abrirme a puntapiés las puertas del medio literario para poder publicarlas, porque no tenía ni tengo estómago para las relaciones públicas. Tomé, pues, la oportunidad por los cabellos y de vuelta en México me consagré a escribir para el suplemento, mientras iba cocinando en la imaginación los cuentos de *Amores de segunda mano*. Para ganarme la vida redactaba campañas publicitarias para películas mexicanas y colaboraba con Carlos Olmos en los argumentos de algunas telenovelas. Esas chambas me acercaban, hasta cierto punto, al mundillo de la farándula, pero yo no pertenecía del todo a ese lupanar. Tampoco a la familia intelectual, otro prostíbulo donde circulaba menos dinero, pero las vanidades insatisfechas eran más tóxicas. Más bien ocupaba una tierra de nadie, donde podía observar ambos mundos desde la posición de un *outsider*.

Huberto Batis había quedado al frente de “Sábado” dos años antes, cuando Fernando Benítez, su primer director, emigró a “La Jornada Semanal” junto con la plantilla original de colaboradores. El presupuesto del suplemento era exiguo y Huberto recurrió a jóvenes escritores con modestas pretensiones salariales que no estaban cooptados por el medio intelectual, donde las relaciones públicas y los trueques de favores suelen anular la independencia de criterio.

Junto con “El semanario” de *Novedades*, dirigido por José de la Colina, “Sábado” era el suplemento donde la crítica se ejercía con más libertad. Opositor insobornable del *establishment* literario, Evodio Escalante libraba una guerra solitaria contra la burocracia cultural y la peor de sus lacras: los escritores mediocres, engolosinados con el poder y las prebendas del sistema, que habían comenzado ya a devaluar los sellos de prestigio. Las malévolas y despiadadas críticas cinematográficas de Gustavo García levantaban ámpula cada semana. El crítico de rock Xavier Velasco todavía no soñaba con ser un novelista famoso, pero ya mostraba un admirable oficio narrativo en sus crónicas. Más tarde, a finales de los ochenta, se incorporó al suplemento Guillermo Fadanelli, otro

I

Risas y desvíos

Redondillas a los Boy Scouts

A la memoria de Gabriela Mistral

Nostálgico de la guerra,
Baden Powell padecía
la insufrible compañía
de las locas de Inglaterra.

Comenzaba a envejecer,
con todas se había acostado
y ninguna le había dado
ni un minuto de placer.

Necesito carne fresca,
reflexionó el general
que de joven fue triunfal
reina de la soldadesca.

O encuentro con quién coger
o de tanta calentura
cometeré la locura
de tirarme a una mujer.
Así pensaba, contrito,
cuando dispuso el destino
que su adorable sobrino
le pidiera caballito.

Apenas puso el infante
las nalgas en su rodilla,

Amor sin alma

La ofensiva conservadora que en los últimos años ha intentado restringir la libertad sexual de los jóvenes —como si no tuvieran bastante con la amenaza del SIDA—, se propone resucitar una vieja y superada idea del amor, fundada en la separación del cuerpo y el alma. Desde sus púlpitos editoriales, televisivos y radiofónicos, los ideólogos de la castración esgrimen la idea de que la promiscuidad supone la muerte del alma, y por consecuencia, una degradación de la persona humana. En algunos pasajes de *La llama doble*, Octavio Paz adopta esa postura y somete a juicio las conquistas eróticas de la sociedad moderna: “La licencia sexual, la moral permisiva —dice— han degradado a Eros, han corrompido la imaginación humana, han resecado las sensibilidades y han hecho de la libertad sexual la máscara de la esclavitud de los cuerpos.” Aunque Paz se apresura a aclarar que no pide un regreso a la “odiosa moral de las prohibiciones y los castigos”, y encuadra su condena en una reflexión más vasta sobre la naturaleza del amor, su virulento ataque a la moral permisiva de nuestra época (que está muy lejos de haber triunfado en el mundo moderno, incluyendo a las naciones ricas de Occidente) es un alegato indirecto a favor de la represión sexual, ya sea voluntaria o impuesta por la sociedad.

A mi modo de ver, Paz tiene razón cuando augura la muerte del alma, un concepto vacío de significado para la gran mayoría de la juventud actual, pero se equivoca al desprender de ahí que también está en crisis la idea del amor. ¿Acaso no puede surgir y está surgiendo ya un amor desalmado, un amor que empieza y termina en el cuerpo, pero eleva al hombre tanto como el amor cortés o el amor

Bocas envenenadas

A Cervantes le tocó vivir una época en que los escritores, enfrascados en una guerra de todos contra todos, elevaron el denuesto público a la altura del arte o rebajaron el arte a la categoría del denuesto, según el criterio de quien los juzgue. Acostumbrado a la sorna y al chismorreo cáustico de la sociedad literaria, Cervantes llegó a pensar que la maledicencia, para muchos de sus colegas, no era un pasatiempo sino una razón de ser. En boca de Clodio, un personaje de *Los trabajos de Persiles y Segismunda* —la menos popular de sus novelas y en la que cifraba su anhelo de perdurar como escritor—, hizo una feliz observación sobre la costumbre de usar el lenguaje como un cuchillo: “Yo no me mataré —dice Clodio—, porque aunque soy murmurador y maldiciente, el gusto que recibo del decir mal, cuando lo digo bien, es tal, que quiero vivir porque quiero decir mal.”

En los dramas de Shakespeare hay algunos maldicientes crónicos (el Tersites de *Troilo y Crésida*, *Timón de Atenas*, etc.), pero tienen la excusa de ser bastardos o deformes, y por lo general intentan sacar provecho de sus calumnias. El personaje de Cervantes, en cambio, insulta y difama por vocación, espontánea y compulsivamente, sin segundas intenciones ni cálculos interesados. Clodio es el primer murmurador nato de la literatura moderna. Para este apóstol de la injuria, echar pestes del prójimo —pero echarlas con ingenio y mordacidad— es un arte tan noble como la tauromaquia o la cacería, una actividad que cumple un fin en sí misma, lo que en cierta forma la dignifica, aunque deje víctimas a su paso.

No es de extrañar que los estudiosos de Cervantes hayan visto en Clodio a un típico representante de la maledicencia espa-

ñola. Nada gustaba más a los hispanistas de antaño, comandados por Menéndez y Pelayo, que ver por todas partes arquetipos de la soberbia española, de la valentía española o de la envidia española, como si los siete pecados capitales y sus abundantes ramificaciones fueran patrimonio de una sola nación. En la misma línea de pensamiento, Octavio Paz se refirió hace algunos días, en un artículo sobre Carlos Fuentes publicado en *El País*, al canibalismo que, a su juicio, distingue al mundillo intelectual de México, y de pasada zarandeó a los chingaquedito que hablan mal del novelista. Quizá los chingaquedito sean un producto orgullosamente nacional: merecemos la paternidad de la especie por haberla bautizado, pero, ¿de verdad es tan nuestro el gusto por la carne humana?

Las invectivas de baja ley que se lanzaban Gore Vidal, Norman Mailer y Truman Capote (un trío tan amistoso como el formado por Góngora, Lope y Quevedo), y las que antes intercambiaron Hemingway y Scott Fitzgerald, inducen a pensar en un típico canibalismo estadounidense, para no hablar de las reyertas entre escritores franceses, alemanes o rusos. Fuera del ambiente literario también hay caníbales. Desde que el mundo existe, los políticos y los soldados, las putas y los atletas practican a todas horas el arte de Clodio. ¿Por qué no admitir entonces que la maledicencia es una pasión universal, un ejercicio creativo y liberador tan antiguo como la especie humana?

Perro que ladra no muerde. Injuriar a diestra y siniestra es una forma civilizada de sublimar nuestra natural inclinación a la antropofagia. La gente respetuosa, comedida y discreta es la que hace daño de verdad. Basta echar un vistazo a la nota roja, donde todos los días aparecen maniáticos y estranguladores que nunca se expresaron mal de nadie. El energúmeno verbal, por el contrario, vomita sapos y liendres para no almacenar rencores que podrían llevarlo a la violencia. Muchas veces ni siquiera aborrece a la gente que insulta. Agrede por higiene mental, a tontas y a locas, sin preocuparse de que sus víctimas merezcan o no el improperio. Por lo general prefiere cebarse en la gente recién salida de una reunión, aun cuando sienta afecto por ella. ¿Quién no ha pasado ratos felices destazando a sus mejores amigos, haciendo chistes a costa de sus defectos físicos, o celebrando la caída en desgracia de un pariente cercano?

Patología del estudio

Las personas que por mucho tiempo estuvieron sometidas a una férrea disciplina escolar, y de pronto se liberan de sus cadenas, desarrollan el temible síndrome de La Moñotes, una especie de añoranza del deber perdido —más terrible aún en el caso de los exalumnos aplicados— que les impide gozar de la vida y tener sueños reparadores. Por algo los pedagogos modernos prefieren a un estudiante flojo, pero desinhibido y feliz, que a un cerebritito neurótico. La obligación de almacenar conocimientos en modo alguno garantiza que uno sabrá utilizarlos más tarde, pero la pérdida de esa obligación deja un vacío en el alma del estudiante disciplinado hasta el masoquismo. ¿Cómo vivir a gusto sin el riesgo de tronar un examen final? El miedo a los temblores o al SIDA no basta para reemplazar la zozobra provocada por la amenaza de una expulsión, y ninguna mujer, por dominante que sea, puede suplir a la entrañable maestra regañona que nos traía de encargo. El matadito acostumbrado a estudiar en un clima de terror sale de la carrera con un título que no alivia su íntima necesidad de látigos y coerciones, en busca de otra cárcel (matrimonial o de trabajo), donde no será enteramente feliz, por extrañar el yugo que daba sentido a su vida.

La excelencia académica muchas veces puede ser una antesala del manicomio. Hay tantas pruebas de ello como exalumnos de escuelas jesuitas. En el Instituto Patria, donde yo hice la primaria, el sistema de enseñanza basado en una disciplina casi militar, creaba un ambiente de angustia competitiva muy a tono con los objetivos de la Compañía. Los mejores alumnos de cada grupo eran nombrados ediles, el más cretino de ellos ascendía a brigadier

y el brigadier más destacado llegaba a regulador general. Por si fuera poco, el prefecto de primaria cumplía su policiaca función arrestando niños en un patio amurallado, formábamos filas oyendo marchas militares y el himno del colegio recomendaba el suicidio académico:

Aprendamos constancia en Loyola
y la fiebre fecunda en Javier,
del amor que gozoso se inmola
en las aras del sacro deber.

De un cuartel tan sórdido no es fácil salir mentalmente ileso. Cuando los periódicos anuncian que Fidel Castro tuvo a un millón de cubanos oyéndolo tres horas bajo el tórrido sol de La Habana, yo no pienso en Stalin, sino en los colegios de jesuitas donde Fidel estudió hasta el bachillerato. Castro pasó de sojuzgado a sojuzgador, cumpliendo el ideal de la educación jesuita, que apunta siempre a la conquista del poder. Sometidos al mismo régimen educativo, los débiles de carácter se aficionan al papel del alumno regañado y ya no pueden vivir sin la continua vigilancia del mandón que los obligue a hacer la tarea.

Un excompañero del Patria, sujeto a tratamiento psiquiátrico por más de cinco años, me contó hace unos días los orígenes de su enfermedad. Egresado de Arquitectura, donde se hizo famoso por haber aprobado todas las materias con puros dieces, empezó a sentirse culpable cuando triunfó en su profesión y dispuso de tiempo libre para huevonear a gusto. Tenía una pesadilla recurrente: por no haber oído la chicharra del fin de recreo, entraba tarde a clase y el prefecto lo encerraba en el patio amurallado, castigo que en el fondo anhelaba, pero que lo hacía despertar entre sollozos de pánico. En las pesadillas también se crece. Mi amigo repitió en sueños todo su periplo escolar, desde primaria hasta preparatoria, consciente de cumplir oníricamente una obligación que nadie le imponía. Buscó alivio en el psicoanálisis, en la sobrecarga de trabajo y en el Bacardí, pero cada noche retomaba el caminito de la escuela, donde sus compañeros de banca lo tildaban de fósil y le hacían la vida imposible. Con tal de no soportar sus burlas prefe-

Porfirio el malo

*Si vieras qué terribles
resultan las gentes demasiado buenas...*
Álvaro Carrillo

Hay una bomba de neutrones alojada en la mente del hombre contemporáneo: la creencia en la pureza del alma humana. Ciudadanos ejemplares como George Bush, que están en contra del aborto y jamás han probado la mariguana, ordenan sin remordimientos el asesinato masivo de civiles iraquíes para complacer a la masa que los llevó al poder, compuesta por otros padres de familia modelo que desconfían de los extranjeros, del vecino y hasta de su sombra, pero tienen la mejor opinión de sí mismos. Van a misa, dicen no a las drogas, votan por el Partido Republicano, ven el programa de Larry King, cuidan el himen de sus hijas. ¿Cómo admitir que también el mal está en ellos? Ni Bush ni Sadam Hussein son el Gran Satán: el Gran Satán es el narcisismo de la conciencia. Quien funda su autoestima en la ilusión de tener un alma pura está colaborando con los ejecutivos de la muerte, que a la hora de los bombardeos no hacen distinciones entre burdeles y castillos de la pureza: desde el cielo todo se ve igual.

En México, el narcisismo de la conciencia es un deporte nacional que unifica posiciones políticas antagónicas. La Biblia está repleta de admoniciones contra los justos, pero no hay un solo alcalde panista que desconfíe de su moral justiciera a la hora de prohibir espectáculos que atentan contra las “buenas costumbres”. La distinción teórica entre socialismo real y socialismo ideal se asemeja cada vez más al pacto entre Dorian Gray y su horrible retrato, pero cualquier enfermo de morralina cree que, puesto a la cabeza de un Estado totalitario, actuaría con más benevolencia que Pol Pot o Ceacescu. Ni siquiera los pacifistas están a salvo de asumir actitudes

puritanas. Maldicen al Estado agresor cuando estalla una guerra, pero ninguno es capaz de admitir, como en su tiempo lo hicieron Kurt Vonnegut y Céline, que podría colaborar con un genocida si el destino lo pusiera entre la espada y la pared.

¿A dónde voy con esta reflexión sobre la importancia del relativismo en moral y política? A comentar, en mi calidad de individuo cobarde, mezquino, envidioso y degenerado, las reacciones provocadas por la entrevista de Carlos Salinas y Porfirio Muñoz Ledo. Ignoro cuáles puedan ser las consecuencias de su charla, porque desconozco los entretelones de la política mexicana. Lo que sí conozco es la intransigencia moral de la juventud universitaria que ve con recelo cualquier audacia del senador perredista. ¿Por qué lo perdonan, pero en el fondo lo condenan, como en el bolero de Álvaro Carrillo? Simplemente porque Muñoz Ledo, desde que rompió con el PRI, expone sus ambiciones en público y utiliza todos los medios a su alcance para conquistar el poder. ¡Oh, perfidia suprema!

Un somero análisis de todos los defectos que se le imputan basta para demostrar que no puede ser tan canalla como lo pintan sus enemigos del PRI, del PAN y del PRD. La egolatría es incompatible con el conformismo. Si Porfirio es un ególatra, y como tal ambiciona llegar a la presidencia, ¿cambiaría sus ambiciones por el plato de lentejas de una gubernatura obtenida mediante una defección vergonzosa? Eso está bien para los limpiabotas del PARM o del PPS, no para un político que ya tuvo los más altos puestos del gabinete, y todavía quiere llegar más arriba. Hasta los peores enemigos de Muñoz Ledo le reconocen inteligencia, capacidad de diálogo, cultura y un profundo conocimiento de las relaciones internacionales. Pues bien: yo no creo que sus virtudes puedan servirle de mucho en la tarea de lograr una transición a la democracia. Lo que me llena de optimismo son sus defectos.

Un verdadero ególatra, que además conoce a la perfección el arte de la zancadilla política, un profesional de la soberbia que no vacila en jugar sucio cuando la ocasión lo amerita y que se cree superior a todos los políticos de México; un villano de tal envergadura no habría dejado el PRI para volver al sistema por la puerta de atrás. Porfirio quiere todas las canicas para él y para su partido. Es

Contacto en el Noche y Día

Cuatro de la mañana en el Noche y Día, el famoso restaurante de la calle Dinamarca, decorado como un lupanar elegante del porfiriato —candiles, alfombra roja, espejos con marcos dorados, meseras bostezantes que odian al cliente pero se resignan a darle servicio— donde sirven tragos a cualquier hora y que por ser el único abierto hasta el amanecer atrae a los borrachos de carrera larga, entre ellos a mucha gente sedienta de la farándula. Era jueves (o mejor dicho, viernes en la madrugada), los actores que salen a tomarse una copa después de la función ya se habían ido y el lugar estaba desierto.

Después de una fiesta donde habíamos bebido hasta por las orejas, mi esposa y yo cenábamos a solas, cuando invadió el restaurante un grupo escultórico de ninfas y efebos vestidos con ropa de playa, que parecían levitar a diez centímetros del suelo, envanecidos de su tez bronceada y de su perfección muscular. Los acompañaba un hombre mayor, calvo y de lentes, a quien rodeaban tres guaruras armados con metralletas. Por instinto de conservación apuré mi jaibol de un trago y pedí a Rocío que se comiera sus enchiladas en casa, pero cuando íbamos a pedir la cuenta nos sirvieron dos copas más por cortesía del pelón, que me sonrió desde lejos y nos invitó amablemente a su mesa.

Con dos botellas de whisky encima, ni Rocío ni yo sabemos declinar una invitación. Entre deslumbrados y temerosos fuimos a su mesa, la más grande del restaurante, donde nos tocó sentarnos junto a un exgalán de telenovelas que resultó ser el yerno del viejo. Conversaba con él sobre su actuación en una película de Isela Vega que me tocó anunciar a finales de los 70, cuando el pelón le dio

una recia palmada en la espalda: “Este cabrón y yo somos los dos hombres más buscados por la justicia. ¿Verdad que la Judicial nos quiere vivos o muertos?” No fue una confesión sino una ostentación fanfarrona, como si estar en la mira de la policía lo colmara de orgullo. El exgalán asintió con una risilla servil que delataba su posición de subordinado. Rocío y yo nos volteamos a ver con perplejidad. ¿Con quién carajos estábamos?

Ocupaba la cabecera un gordinflón de bermudas y camisa hawaiana que tenía sentada en las piernas a una rubia imponente con el ombligo al aire. “Él es mi hijo —nos presentó el Hombre Más Buscado—, vinimos a festejar que sacó a esta muñeca de Cuba en una avioneta.” A petición de su padre, que advirtió mi sonrisa de incredulidad, el gordo nos contó la historia de amor y los pormenores del rapto. La cubana se llamaba Nancy, la había conocido en un viaje a La Habana y le propuso que se fuera a vivir con él a Tampico, pero el gobierno de Castro no la dejaba salir, a menos de que se casara con un extranjero, y los dos estaban muy chicos para eso. De vuelta en Tampico, el cerdito acudió a papá, que tenía un jet privado, y le pidió ayuda para rescatar a Nancy. Impaciente por los rodeos de su narración, el viejo le arrebató la palabra para contarnos los pormenores del rescate: el vuelo a baja altura para eludir los radares del gobierno cubano, la comunicación con la muchacha por medio de un celular, el aterrizaje a medianoche en las afueras de La Habana, el regreso a México entre las turbulencias de una tormenta que azotaba el Golfo y no les había permitido aterrizar en Tampico. Fuera de ese contratiempo, todo había salido de poca madre. Por eso estaban festejando en el Noche y Día.

En un arranque de euforia, el pelón pidió champaña para todos y ordenó al capitán de meseros que no dejara entrar a nadie más, pues quería el restaurante para él solo. Rocío brindó con él y sin prestar atención a mis pellizcos de alarma le preguntó en qué trabajaba.

—Tengo una flota de barcos.

—¿No será usted narco?

—Pues a lo mejor sí, pero de algún modo hay que ganarse la vida, ¿no crees?

Para entonces ya tenía los huevos en la garganta, pero la cu-